

5. La contribución de la Acción Católica

Corresponde también en este sentido el compromiso de la Acción Católica. Su propuesta ha sido siempre importante para la vida de las familias y hoy lo es más que nunca. Basta pensar en el diálogo entre las generaciones, la corresponsabilidad difundida, el sentido del acompañamiento que se experimentan en la Acción Católica. Al asociar a niños, jóvenes, alumnos y trabajadores, personas de todas las generaciones y condiciones sociales, haciendo experimentar concretamente el sentido vivo de la comunidad y del amor por el propio país, la Acción Católica constituye un proyecto que está “al servicio” de las familias. Están en esta línea el servicio a los niños, todas las iniciativas que la Acción Católica realiza para los novios, las parejas jóvenes, para los progenitores, para los más pequeños, para los ancianos, para las familias en dificultades, el compromiso cultural y político, y sobre todo el compromiso formativo que es el corazón de la propuesta asociativa. Una formación seria, para todas las edades y para todos, una formación que a partir de la fe ayuda a encontrar criterios de discernimiento, orientaciones de sentido, a madurar elecciones y responsabilidades. Es esa educación de las conciencias jamás dada

totalmente, que acompaña cada tiempo de la vida y que es fundamental para afrontar adecuadamente la vida familiar.

Con la calidad de una vida asociativa y de recorridos formativos que no sólo cruzan sino que saben hacer participar a las familias en todos los niveles, la Acción Católica puede seguramente contribuir a hacer en modo que cada familia se sienta en la Iglesia como en casa, sea sostenida y acompañada en su camino y descubra el don del cual es portadora para la vida de la Iglesia y de toda la humanidad. Puede contribuir a quebrar el individualismo en el que nos refugiamos con frecuencia.

El individualismo de estos tiempos a veces lleva a encerrarse en un pequeño nido de seguridad y a sentir a los otros como un peligro molesto. Sin embargo, ese aislamiento no brinda más paz y felicidad, sino que cierra el corazón de la familia y la priva de la amplitud de la existencia. (AL 187)

Además del círculo pequeño que conforman los cónyuges y sus hijos, está la familia grande que no puede ser ignorada. Porque «el amor entre el hombre y la

mujer en el matrimonio y, de forma derivada y más amplia, el amor entre los miembros de la misma familia —entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, entre parientes y familiares— está animado e impulsado por un dinamismo interior e incesante que conduce la familia a una comunión cada vez más profunda e intensa, fundamento y alma de la comunidad conyugal y familiar». Allí también se integran los amigos y las familias amigas, e incluso las comunidades de familias que se apoyan mutuamente en sus dificultades, en su compromiso social y en su fe. (AL 196)

Es la que el Papa llama “familia amplia” o “familia ampliada”.

En esa familia grande puede haber algunos necesitados de ayuda, o al menos de compañía y de gestos de afecto, o puede haber grandes sufrimientos que necesitan un consuelo. (AL 187)

Pero ese es también el contexto en el que poder experimentar que nadie es dejado solo con su sufrimiento, su cansancio, su límite.

Esta familia grande debería integrar con mucho amor a las madres adolescentes, a los niños sin padres, a las mujeres solas que deben llevar adelante la

educación de sus hijos, a las personas con alguna discapacidad que requieren mucho afecto y cercanía, a los jóvenes que luchan contra una adicción, a los solteros, separados o viudos que sufren la soledad, a los ancianos y enfermos que no reciben el apoyo de sus hijos, y en su seno tienen cabida «incluso los más desastrosos en las conductas de su vida». También puede ayudar a compensar las fragilidades de los padres, o detectar y denunciar a tiempo posibles situaciones de violencia o incluso de abuso sufridas por los niños, dándoles un amor sano y una tutela familiar cuando sus padres no pueden asegurarla. (AL 197)

En conclusión, podemos decir que la que emerge de *Amoris Laetitia* es conjuntamente una imagen de familia y de Iglesia, de una Iglesia que es familia, que nos fascina y nos interpela: el sueño de una humanidad y de una Iglesia que no podemos no compartir y por la cual no podemos no elegir también consumirnos.